



### ***La reina baila hasta morir***

Eve Gil

Ediciones Fósforo, México, 2008, 113 pp.

***Krishna Espinoza***

Universidad de Colima

Evelina, narradora sonorensa cuyo nombre de batalla es Eve Gil, a sus 41 años ha sido acreedora a numerosos premios, y una rotunda censura con el libro *El suplicio de Adán* por su alta subversión. Entre sus últimas producciones destaca *La reina baila hasta morir*, volumen de relatos cuyo máximo defecto es el descuido de numerosos dedazos, y que su gran logro es la compilación de un energizante *tutti frutti* de relatos, una mezcla de temas cuyo eje predominante es la perversidad.

Siete relatos lo conforman, y van desde trabajados retratos de una realidad absurda: «Alicia y el diablo», «Claveles salvajes»— ¿se imagina usted encontrarse con un mimo vampiro?— , hasta relatos fantasmagóricos como «Las abuelas» y el de un *tröll* llamado «Cerridwen y las sirenas», mujeres bellas éstas que giran alrededor de los antojos de un burgués — único narrador hombre— , ojo, no olvidar el nombre de su *tröll*, porque si lo hace, cobrará vida y reclamará carne humana, por ejemplo, de un hijo nonato.

También hay lucha de mujeres en los cuentos de Gil, en «Ataraxia», la guerra busca el motín del deseo y poder, un toque de enigma policial, otro de «Mujeres asesinas» y se ha conformado el relato, agarren a la bella protagonista o se la lleva

la ambición. A razón de un inesperado final, está el título del libro: *La reina baila hasta morir*.

Además, encontramos una «Cenicienta Hardcore», que es una pieza más para los anteojos del realismo sucio, cristal empañado a través del que vemos la penumbra social. En realidad, todos los cuentos bien podrían ser de hadas, retomar a las doncellas pero llevarlas a una realidad alterna. Teresita de Jesús — Lorna Villagrán, nombre artístico— prefiere tener sexo con desconocidos, ir a una cita a oscuras para que no la reconozcan, y sólo así zafarse de los supuestos de que la mujer debe ser casta y reservada en la intimidad, para soltarse y complacerse.

No podría faltar el discurso femenino en «La culpa es de los bolcheviques», donde expone una laberíntica condición de la mujer, madre-niña-víctima-amante-creadora. La culpa es de Ellos, de Él, que vino un día a sacarte de las trenzas rubias a bailar conforme su compás, y caíste redondita. Huye de las voces que te gritan traidora porque huyes. Este relato cierra el libro, la voz de un reclamo femenino al final de la ruta, después de adoptar perspectivas masculinas, omniscientes y varias de su misma condición, llega la narradora Evelina y sus 41 años de su ser mujer en este mundo, para cerrar con una reflexión dura pero real por rara que parezca.

Termina pues el libro de cuentos, contando con 113 páginas de humor negro, ironía, declaraciones femeninas y un hilo que lleva y trae como a Teseo, del otro mundo a éste, de una hoja a la otra y viceversa. Si me preguntan, sí las recomiendo, a Eve Gil y las escritoras mexicanas que narran con micrófono la misma realidad de los hombres, con diferente volumen, a veces moderado o altisonante, y otras al mismo nivel, como debería de ser, pero que disfrutamos en su diferencia, como es. ●



Fernando Castillo.